



Rumbos Olvidados

POR Xabi Luna (www.rumbosolvidados.com)

El 31 de diciembre de 2025 es un embudo donde confluyen 10.000km de proyecto, cuatro meses en África de caminos de tierra, calores, gente sin agua, fronteras, casas de adobe y paja, niños hambrientos, proyectos a desarrollar cada etapa, humedad, escuelas rotas y por si fuera poco, un camión nos atropella y nos destroza las bicis a falta de 10km para llegar al hospital. En un día tratamos de digerir todo eso y el cansancio llega de golpe, a las 21:00 de la noche el cuerpo dice basta, se relaja y caemos rendidos. Estamos en Dschang, hemos llegado al proyecto. En ese empacho de emociones y experiencias no caben festejos, ni siquiera las uvas de fin de año.

Despertamos el 1 de enero de 2026, temprano, a las 6:30 de la mañana. Nuestros horarios serán los de las monjas con las que haremos el proyecto. Al salir de casa cuatro niños juegan montados en una moto con las ruedas pinchadas a bajar la cuesta, rien, nos saludan, se caen, rien más, todo sigue igual y estamos vivos para contarlo. Empezamos de cero, nos olvidamos de las bicis rotas, ya gestionaremos su arreglo en el siguiente destino. Ahora toca algo realmente importante, dignificar la salud, la educación, el acceso a luz y agua, poner el foco de nuestras miradas donde realmente se necesita.

Por delante tenemos diez días para llevar a cabo nuestro proyecto estrella, el más completo hasta la fecha: dos pozos de agua, placas solares, incubadoras para neonatos, talleres y voluntariado. En la congregación las hermanas no descansan, no entienden de días festivos, es como un hormiguero. Nuestro referente es una monja española, María Pilar, camino de los 90 años y con una energía y cabeza privilegiadas. Somos el bote salvavidas que habla el mismo idioma y al que nos abrazamos porque nos da la vida. Todas las hermanas nos miman, pero Angela, la superiora, de sonrisa sempiterna, nos adopta bajo su paraguas. Me siento con ella y planificamos cada día al detalle.

El 3 de enero llega aire fresco, los benjamines de la ong, Lide y Andoni, para colaborar con el proyecto. Los montamos al todoterreno y bajamos por caminos de tierra pulverulenta hasta el orfanato. El polvo rojo tiñe las casas, las plantas, la ropa, todo, nada escapa a una nube que se mueve con los cientos de motos que suben y bajan sin parar, cargadas de tres, cuatro, cinco y hasta seis personas. Primera parada el orfanato Mia Mo'o. Un cartel oxidado anuncia el lugar, un recinto pequeño de muros pintados con personajes de dibujos animados. Nos esperan sentados en sillas y al pasar el umbral de la verga metálica, comienzan a cantar una canción de agradecimiento. Marie, la directora nos enseña orgullosa su centro y el nuevo pozo. Han venido Guy y Amadou, los constructores, y nos explican todo lo que han hecho para que ahora el agua salga transparente por un



Cammerún, orquesta solidaria



Inauguración pozo en Orfanato Mia Mo'o.

grifo que hay en la pared. Los niños lo abren, beben sin miedo. Para la foto el agua corre, el sonido del agua perdiéndose duele y nos damos prisa, hay que cerrarlo. En el orfanato hay cuatro literas para treinta y cinco niños y niñas. Si hacer la foto con ellos de pie en sus cuartos es difícil, no quie-

ro imaginar dormir cuatro o cinco por cama. No ves malas caras, están felices y al terminar la visita nos dedican varios bailes que han preparado. La música es contagiosa y terminamos bailando con ellos, pero con mucho menos ritmo.

Siguiente parada el pozo deBanki.

Nos separan catorce kilómetros, pero casi una hora de viaje. El camino está roto y en época de lluvias es casi impensable llegar. Después de muchos cruces, casas de jefes, secaderos de café, llegamos a una explanada que pertenece a las hermanas desde la que vemos siluetas de mon-

tañas que se pierden en el horizonte. Hay un pozo, pero no hay personas. Es época de recolección y aunque se les ha avisado, prima el sustento. Un hombre baja con su madre nonagenaria por los senderos, nos saluda y disculpa a sus paisanos. Entendemos la situación y nos citamos para dentro de una semana. En África no hay nada seguro y regresamos con nuestros cuellos bamboleando al son de los baches hasta Dschang.

La congregación vive delante del hospital y pegada a la escuela que gestionan. En una sala para formaciones cada lunes, el personal canta, reza y se anima para afrontar la semana de la mejor manera. Nos presentan y como si fuéramos cromos nos escogen para sus servicios. Sheila va a prenatal, Andoni a curas y Lide al centro de rehabilitación. El Hospital es sencillo, pero cuenta con todos los servicios. Llevar adelante cada día es costosísimo y el Gobierno no ayuda. En los pasillos hay personas sentadas, ves el peso de la vida en sus miradas. Delphine, la directora me presenta a los jefes y me da acceso para grabar todo, una puerta abierta a la realidad sanitaria.

A la tarde en la sala multiusos montamos y enseñamos el manejo de las incubadoras. Sandrine, la jefa está feliz, tienen unos 1.000 nacimientos al año y serán muy útiles. Esa misma noche estrenan una y al día siguiente el niño recibe fototerapia con su madre observándolo tranquila. Dos pisos más arriba el doctor Lamere me da paso al quirófano, va a practicar una cesárea a una niña de catorce años, probablemente por violación. La niña tiembla sobre la camilla, los nervios, el aire acondicionado, el anestesista en prácticas que no atina con la epidural, la vida que va a traer y la suya que va a cambiar radicalmente. Lloro, la enfermera le limpia los mocos y tengo ganas de abrazarla, pero no puedo, todo está estéril. Conforme la operan, su